

TITULO

LADRONA DE VIDAS

Rocío López Núñez

DEDICATORIA

Para Álex

Sus sueños eran inquietos desde entonces, porque aquel dolor que habitaba en él permanecía oculto el tiempo necesario, agazapado, escondido en las sombras que eran sus recuerdos y sus compañeros desde entonces.

Muerto de dolor, aplastado por sus propias insidias, había sido torpe y cobarde. Tal vez no quería pensarlo, tal vez era demasiado para él volver la vista atrás y admitir que sus errores lo habían arrastrado hasta donde estaba y que él era el causante de su propio dolor.

Tenía el corazón roto y desde el vacío que ocupaba su alma tenía la certeza de haber sido engullido por la tristeza y la soledad, ignorando cuanto tiempo había permanecido allí, apartado de todo, pero era suficiente para darse cuenta de que jamás había sido un hombre feliz.

Desde el momento en el que decidiera enterrarse en aquel agujero, la dulce sonrisa de Rachel, la suavidad de su piel y el latente recuerdo de su arrolladora personalidad lo mantenían cuerdo, pero estaba solo, era lo que se merecía y así debía ser.

Lamentaba lo que había hecho. Era un asqueroso cobarde al huir de ella, pero había sido alcanzado por los demonios y no la quería a su lado, no en aquel momento en el que la soledad y el abandono eran sus únicas compañeras.

Quería olvidar aquel maldito día, quería olvidar que al tomar la decisión de entrar en aquella remota cueva de Pikeville iba a tener que enfrentarse a las terribles consecuencias que vendrían tras descubrirlo todo.

¡Oh! ¡Cómo se arrepentía de que aquel día hubiese llegado! De vivirlo, de recordarlo a cada momento y de llevarlo consigo latente bajo su piel de tal forma que ya formaba parte de él mismo, dirigiendo todos sus pasos de forma irremediable.

La echaba de menos, tanto que dolía, pero sentía que su vida terminaba y que solo le quedaba una cosa por hacer y adonde debía ir no podía llevarla.

2

Los luminosos rayos del sol del alba de principios de agosto se colaron jugueteando a través de la cortina hasta conseguir despertarla. Rachel se desperezó con lentitud, mientras poco a poco tomaba consciencia de donde se encontraba y girando con cuidado pudo verle. Allí estaba, con aquella piel dorada por el sol que tanto le gustaba, tumbado a su lado, respirando de forma acompasada. Le observó en silencio y se vio sorprendida por una embriagadora sensación de paz que tan solo él era capaz de transmitirle. Cerró los ojos y aspiró ávidamente el suave aroma que desprendía sintiéndose poderosa y reconfortada, tranquila y segura.

Se sentía fuerte a su lado y sabía que, en cierto modo, le debía el haber conseguido ser capaz de encontrar el camino que la devolviera a la vida, que la hiciera sentir lo más parecido a la felicidad.

Suspiró entrecortadamente y se acercó más a él notando como su cuerpo caliente comenzaba a moverse. Él se giró y sonriendo le dijo:

–Buenos días, preciosa.

Ella sonrió con ganas.

–No me llames así, sabes que no lo soporto.

Se dejó llevar por sus hipnotizadores ojos y sus firmes caricias y pensó para sus adentros que si fue capaz de vivir aquella mentira hasta aquel día, podría soportar un poquito más. Al fin y al cabo poco le quedaba ya por perder.

Los últimos ocho meses habían sido lo más parecido a una tortura. Los acontecimientos se precipitaron hacia unos derroteros cada vez más desagradables y ella había necesitado aferrarse al clavo ardiendo que suponía aquella relación. No tuvo elección, así que ¿qué más daba? Él había conseguido arrancarla de las profundidades manteniéndola a salvo. Se lo debía, por lo tanto allí estaba, abrazándole en silencio, agradeciendo su agradable compañía.

–¿Cuántos días puedes quedarte esta vez? –susurró ella.

–Mi vuelo sale mañana por la mañana –respondió él.

–Bueno –hizo una mueca–. Tendremos que aprovechar el domingo de la mejor forma posible.

Él la acarició suavemente, colocándole un mechón rebelde tras la oreja, besando con ternura su mejilla y sintiéndose totalmente hipnotizado.

Permanecieron allí varias horas disfrutando del placer de su compañía, olvidándose del mundo y de la ciudad que despertaba a su alrededor. El día comenzaba una vez más y Rachel sabía que con Flynn a su lado sería capaz de cualquier cosa.

3

Rush se despertó temprano aquella mañana. Sabía que tenía una ingente tarea por delante y quería empezar cuanto antes. Hacía tan solo veinticuatro horas que había aterrizado en la ciudad y estaba ansioso. Era probable que lo que le había llevado a Nueva York no fuera del agrado de todos, pero lo asumía de antemano.

Se miró al espejo y se sintió satisfecho. Era un hombre atractivo a pesar de sus facciones robustas. Sus ojos color almendra y su suave pelo rizado, dulcificaban en cierta medida su aspecto, proporcionándole un cierto aire bohemio que no acababa de encajar con su profesión de detective de la policía pero, ¿a quién podía importarle tal cosa? A él no, desde luego.

Una vez acabó de afeitarse, apagó la luz del coqueto baño de su habitación de hotel y observó el desorden a su alrededor. No era un hombre ordenado pero, ¿cómo había sido capaz de provocar todo aquello en tan solo una noche? ¡Menudo desastre de vida llevaba! Si pensaba pasar una temporada en la ciudad, debería tomar cartas en el asunto y ordenar un poco aquel caos.

Suspiró con profundidad y encendió el televisor, buscando relajarse brevemente antes de iniciar el contacto con la ciudad que sería su hogar durante algún tiempo. Si se paraba a pensar sabía que le faltaría el tiempo

necesario para echar de menos su Austin natal. Pero allí estaba, al fin en la gran ciudad, dispuesto a comerse el mundo. Sabía que él era el mejor, que había nacido para aquello y que el momento de dar el gran salto estaba allí. Aquello por lo que luchaba desde el inicio de su carrera se había presentado ante él al fin, y aquella era una oportunidad que no estaba dispuesto a dejar pasar.

Totalmente preparado apagó el televisor, cogió su chaqueta y pisó por primera vez el cálido asfalto de la ciudad.